

Antonio López Alonso
El cuadro, el ciego
y la corredora



Ediciones
Irreverentes

Antonio López Alonso

EL CUADRO, EL CIEGO
Y LA CORREDORA

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Antonio López Alonso

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Diciembre de 2011

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-23-2

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Foto de cubierta: © Museo Nacional del Prado - Madrid - (España)

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

PRIMERA PARTE

MADRID

CAPÍTULO I

Miro —con la mirada entristecida, poco acertada, abstracta, debido a la ceguera que borra casi la totalidad de mi visión— hacia el paredón, que está a unos siete metros de donde estoy yo, de donde estamos los demás; entre ellos, Ana, cosida a mi brazo con sus manos, con sus dedos, temblorosa, humedecidas sus mejillas por el espanto del momento, repleto de dudas y de miedos.

Emboscados en las cercanías del castillo, en el tupido velo de una arboleda, habían sido descubiertos y apresados por un grupo de carabineros republicanos.

Sin mediar palabra, tan solo la que emergía de sus ojos, a culatazo limpio, hasta allí los arrastraron; con saña, sin piedad, para matarlos. Cinco muchachos jóvenes, cinco harapientos muchachos, con su tronco eréctil, rígido, catatónico, miraban fijamente hacia el vacío de la noche. Ni habían aceptado que su mirada se dirigiera hacia el muro de piedra del castillo ni tampoco humillar la cabeza.

“Se muere de frente”, había gritado uno. Y ninguno se colocó de otra manera.

Hay momentos en la vida que ni elegir te dejan cuando sientes que te vas al otro lado de la noche.

“Y de pie, nada encogidos; firmes y bien firmes”, insistió el mismo, el jefe de la milicia falangista, el ubicado en un extremo de la horizontal hilera.

Entre las sombras de la noche y las de mis ojos, que a lo largo del tiempo de la guerra vedaban la forma y el tamaño de las cosas, imaginaba, más que veía, lo que estaba acaeciendo.

Tan solo un hilo de luz, una pequeña fuente de visión, me permitía adivinar las cinco sombras de perfiles borrosos que se encontraban ante mí.

Casi sollozaba Ana, abrazada a mi sufrimiento, al espanto, pedazo fragmentado de mi alma; jamás, ni ella ni yo, habíamos visto tan cerca la figura oculta de la muerte.

De pronto, como un fognazo, como un fugaz instante, acudió a mi memoria el sonido de esa voz y el misterio de una mirada.

Tembló el tiempo, temblaron las voces, las palabras; casi tembló el silencio todo, enredado en la intensa oscuridad.

Multitud de hechos, acontecimientos, situaciones, se apoderaron de mí en el preciso momento en que iban a dar la orden de ejecución. El silencio se multiplicó; así la oscuridad. Ese trozo de tierra se transmutó en un pedazo de ausencias. Parecía como si nadie quisiera vivir, o le importase poco.

Miles de ojos, multiplicación de tan solo dos, turbaron mi memoria, la zarandearon, acudiendo a mí, sintiéndome invadido por recuerdos que parecían pertenecer a un pasado reciente de mi vida. Y en el atropello de tanta muchedumbre, emergió, con brutal fuerza, uno: un muchacho, tirado sobre el suelo, sufría el dolor físico del apaleamiento que estaba recibiendo de un grupo de malnacidos.

No recuerdo, no quiso acudir a mí, ni un lugar, ni una geografía. Tan solo esa brutal paliza y tres palabras que parecían proceder del vacío: “Basta ya. Vámonos”. Y una mirada, que me llamó cobarde, se perpetuó en mí, mientras la trepidante carrera del grupo se escuchaba cada vez más alejada.

Me levanté. Cuando me reconocí solo, me puse de pie; me puse de pie como pude, y apoyándome en la pared de un muro que tenté junto a mí, caminé, sin ver, lo que pude. Se me había ido la mirada. Mis globos oculares discrepaban de mi intención, de mi deseo de poder ver las cosas.

—Es Antonio; parece malherido —gritó una voz cercana.

—Tiene la cabeza llena de sangre.

No recuerdo nada más. La palabra «sangre» fue la última escuchada.

Cuando recuperé la conciencia, estaba en el Servicio de Urgencias del Hospital Provincial, en Atocha, y a mi alrededor intuí a alguien limpiándome la cabeza, el rostro, con ternura, y un coro de palabras conocidas:

—Ya ha recuperado la conciencia.

—Menuda paliza, amigo.

—Hasta por los oídos sangra.

—Antonio; Antonio Pajarón, de quinto curso de Medicina, el delegado.

—¿Los de siempre, Antonio?

—Esos putos pistoleros, seguro.

—Los del SEU, el Sindicato Español Universitario; los de la Falange.

No me podía mover. Me dolía todo el cuerpo.

—Eran de la FUE, la Federación Universitaria Escolar, igual que yo —pude decir por fin.

Andaba mi cabeza para cavilar pocas cosas, pero en cuanto me vino lo del SEU y lo de la FUE, recordé confusamente lo que Ana —compañera de quinto y novia formal mía— y yo habíamos hablado y discutido muchas veces y reflexionado a solas otras tantas.

—Antonio, no tengo la seguridad que tú tienes, al considerar a la FUE una organización estudiantil, profesional, apolítica y aconfesional.

—Ana, la intención del sindicato es no salirse de los ámbitos de la Universidad. Creemos plenamente en ella y en su autonomía.

—Y en la honestidad tan meticulosamente proclamada, ¿también crees? Antonio, a veces te ciegan las cosas.

—A mí sí me lo parece. Y de hecho está extendido por todas las facultades de España.

Mas las reservas de Ana al respecto, no eran infundadas. Su frase, “la FUE está al sol que más caliente”, no era del todo descartable.

A mí me importaba la FUE actual; la que nos estaba tocando vivir. Esa que discutíamos los dos si merecía la pena o no afiliarse a ella.

—Pese a su proclamado apoliticismo, representa una alternativa de izquierdas frente a la CECE, la Confederación de Estudiantes Católicos Españoles. Y en esto no me negarás que tengo razón. Y en la defensa de la cultura, estarás conmigo en que es uno de sus estandartes.

—La cultura es un asunto de todos, ajeno —debería serlo— a la ideología de cada uno.

—¿Y su consideración de “antifascista”? —apunté yo.

—Eso sí que no es discutible, Antonio; sobre todo en un momento en el que en Alemania de Hitler mete a la gente en una única cárcel: la suya. La libertad es el don más precioso del ser humano.

—De acuerdo. Pero quiero que seas totalmente sincera en lo que te voy a plantear: ¿Vamos por libres, nos sindicamos a la FUE o...?

—¿Al SEU, al sindicato falangista, vas a decir? —me interrumpió con vehemencia Ana—. Eso es intentar jugar con ventaja, Antonio. Todos sabemos que el SEU quiere el dominio absoluto de la Universidad, y si para ello necesita echar mano de la violencia, no duda en hacerlo. Van en grupos, los “squadristi”, sacando a relucir su tan cacareada agresividad, asaltando locales, propiciando los enfrentamientos a “tiro limpio” durante la venta de periódicos, quioscos ambulantes, vendedores profesionales; que buscan a los del otro bando, FUE y organizaciones izquierdistas, con porras y pistolas.

—Ana, parece como si yo creyera lo contrario que tú. No me has dejado terminar la frase. Nosotros no estamos dudando entre si nos hacemos de la FUE o del SEU; no, ese no es el dilema. Lo que meditamos es si nos afiliamos o no a la FUE y dejamos “la exaltación de la mística de la muerte” fuera de nuestras reflexiones de una vez por

todas. ¿Pero no te das cuenta de que tan solo con escuchar la palabra SEU perdemos las formas, nos irritamos?

Regresé a mí, me despojé de todos esos recuerdos, de la conversación con Ana. Pero mi cabeza no había recuperado totalmente el nivel de conciencia, presa todavía de un estupor y una desorientación espacio-temporal-espacial. Ni sabía dónde estaba ni qué día de la semana era. Decidieron ingresarme en la planta de Neurología, pues mi pérdida de visión persistía. Era necesario buscar el porqué de la misma, la etiología puntual de mi ceguera.

Mientras tanto, en las facultades no se hablaba de otra cosa. Ana me contó el diálogo sostenido en el bar esa misma mañana con todo lujo de detalles:

—Ya son muchos los tiroteados y apaleados.

—Lo que quiere el sindicato es desestabilizar la Universidad, hacerse con ella.

—Y no solo en la Universidad. Andan por todas partes, tirotean a los obreros de los barrios periféricos; colocan sus banderas y símbolos donde les viene en gana: calles, edificios públicos y privados; se quieren hacer los amos de la calle —apuntó otro, a la vez que se levantaba de la mesa para acercarse a la barra a pedir una coca-cola.

—¿Queréis un café, agua, algo?

—No, yo no quiero.

—Tampoco yo.

Se había constituido una especie de mesa redonda en el bar, concertada espontáneamente, integrada por estudiantes de Medicina, crispados, muy nerviosos.

—¿Sabéis los actos de violencia cometidos por el SEU y la Falange desde enero de 1934 hasta abril de 1936, en que pasan a la clandestinidad?

—Veinte —respondió otro.

—Has leído el mismo periódico que yo; sí, señor, veinte, y cada vez el componente de agresividad es mayor.

—Asaltan nuestros locales de la FUE por la noche.

—También el del Fomento de las Artes —masculló el que parecía el más joven de todos.

—Y los almacenes Sepu.

—La intención —apunté yo, que hasta ese momento había permanecido callado, observando, mirando, reflexionando lo que salía de la boca de mis compañeros— es crear un clima de inseguridad, de miedo, de andar acobardando por todas partes.

—A Antonio, sin beberlo ni comerlo, ahí lo tenéis, apaleado a lo bestia, sin visión, ciego.

—Nos califican de antiespañoles; somos, dicen, comunistas.

—Con los de la derecha tampoco se llevan bien; con las JAP, las Juventudes de Acción Popular, es decir, las juventudes de la CEDA, la Confederación Española de Derechas Autónomas, también andan a la greña.

—No, no es buena la relación, pero comparten esa ideología fascista que los caracteriza.

—¿Y qué me decís del respeto y la amistad que mantienen con la FEC, la Federación de Estudiantes Católicos?

—El SEU, la Falange, los JAP y los FEC van cogidos de la mano, haciendo un frente común fascista y antirrepublicano.

—Hay que llevar a la Delegación de Facultades este asunto, y si es necesario, al Consejo de Estudiantes.

—Hablares con el delegado de Facultad.

—Antonio, he solicitado que se me permita estar presente en el pleno. Han aceptado mi presencia por unanimidad —comentó Ana—. El deseo de la gente es verte, pero ya les he explicado que los neurólogos no te permiten levantarte, salir.

—Bueno, ya veremos.

Dejé caer esta frase con la intención de desconcertar a Ana; bien sabía lo que andaba rondando por mi cabeza.

Lo que estaba claro es que yo era uno de los señalados, de los que estaban en el punto de mira del SEU, no solo por mi condición de delegado de la FUE en Medicina, sino también porque nunca me dejé achicar por sus bravuconadas y provocaciones. Siempre les hice frente. No; no sorprendió en mi Facultad que hubieran ido a por mí.

Al día siguiente, los delegados y subdelegados de los seis cursos de Medicina estaban reunidos en la Delegación de Alumnos.

Los ánimos estaban exaltados y el deseo de venganza era una realidad. De pronto, se abrió la puerta y aparecí yo, con vendas por todas partes y unas gafas oscuras.

Había solicitado permiso del Servicio de Neurología para que me dejaran asistir. Lo consultaron con los oftalmólogos, discutiéndolo entre ellos, aceptándolo, pero solo unos minutos. “Te acercamos en un coche particular, el mío mismo” —apuntó García Albea, el jefe del Servicio de Neurología—. “Y en el tránsito por los pasillos de la Facultad, hasta llegar a la Delegación, irás acompañado por un auxiliar de enfermería. Hablaré con el director.”

Cuando me vieron, se pusieron de pie y aplaudieron a rabiar. Me sentaron al lado del delegado de Facultad, Carlos Piñel, quien empezó contando mi situación:

—Los oftalmólogos y neurólogos le han prescrito reposo absoluto en cama. Pero, al final, han aceptado que compartiera unos minutos con nosotros. Aquí lo tenéis, en su sitio de siempre.

Regresaron los aplausos, con tanta intensidad y desatino que los cristales de las ventanas de la habitación vibraron unos segundos; algunos pensaron que iban a estallar. Me tragué las lágrimas, no solo por la solidaridad de mis compañeros, sino también porque habían pasado varios días y no recuperaba la visión.

Los especialistas no tenían un diagnóstico. Desde luego, lo que fue guardaba relación con los golpes recibidos en la cabeza.

Me metieron en un protocolo de pruebas para encontrar la causa. Por eso se resistieron a dejarme levantar de la cama.

—Unos minutos tan solo, Antonio, unos minutos. Y del coche a la silla de ruedas, conducida por un auxiliar, hasta que alcances la Delegación.

La realidad era que yo no veía nada, ni siquiera sombras; un inmenso vacío, como un agujero negro, o como el fondo inescrutable de un pozo.

Nada quise decir ni a Ana, mi chica, ni a mis padres, que no se habían separado de mí ni un solo momento.

Se negaron a que saliera, pero tanto los médicos como yo les convencimos.

—Unos minutos tan solo. No se preocupen —insistió Esteban García Albea.

Tranquilizadas las emociones de todos los presentes, Carlos Piñel habló:

—Como sabéis, casi todos los de Medicina somos de la FUE. Durante el gobierno de la CEDA, los del SEU intentaron arrinconarnos de todas las formas posibles, por nuestro antifascismo y por nuestro apoyo a la izquierda. ¿Cobardes? En absoluto. Prudentes, sí. Dos no se pelean si uno no quiere.

—Hemos cometido un error al apoyar al Gobierno, por muy de izquierdas que sea; y eso va en contra de nuestro principio de apoliticismo. Ya no se nos considera independientes; hemos tomado partido.

—Pero no podíamos quedarnos flotando en el aire; desde la clandestinidad, la Falange nos sigue provocando. He aquí el ejemplo de Antonio. No es de gente inteligente el no buscar apoyos, dadas las circunstancias. Libertad, sí, de acuerdo; pero que por culpa de la Falan-

ge no hagamos uso de ella y paseemos acobardados por Atocha, es cosa de imbéciles. Era y es necesario el apoyo de los más cercanos a nuestra forma de pensar, y esos son los del Gobierno. No es que participemos de su ideología, lo que queremos es que no nos maten.

La gente se fue apasionando, enfervorizando, subiendo el tono, el clamor de sus intervenciones, pero Carlo Piñel anduvo listo para que la reunión no se convirtiera en asamblea.

—La Falange, lo sabe todo el mundo, se repite en todas las reuniones y asambleas, nace con un objetivo muy definido: el dominio pleno de la Universidad. Pero se encontraron con nosotros, quizás el sindicato más antiguo de la misma; un sindicato del que siempre nos hemos sentido orgullosos por nuestra profesionalidad e independencia ideológica.

—Permitidme que os diga —apuntó Bruno, delegado de sexto— que en el 1934 yo pertenecía al SEU. Capté de inmediato un clima radical de hostilidad a la FUE. Su deseo fue, es y será aplastarnos.

—La Falange era y es lo que quiere —proclamó uno de los que estaban de pie alrededor de la mesa—. A mí me pasó lo que a Bruno. Yo estuve con ellos un tiempo y me tenía embaucado José Antonio, que insistía en desligarse de cualquier sospecha de “fuerza de choque del capitalismo”, pero apostaba por las milicias falangistas. Este era y es el doble juego del fundador de la Falange.

—Me gustaría que leyerais los primeros números de su periódico, FE, y el del sindicato, Haz —volvió a la carga Bruno—. Sus proclamas al enfrentamiento, a la provocación, son constantes.

—Desde que empezaron con sus malas artes, en enero de 1934, hasta estos momentos, las acciones violentas contra nuestros locales de la FUE, centros antiespañoles los llaman, se han prodigado cada vez con más insistencia —apuntó otro de los que estaban de pie.

—Y no solo contra la FUE. Yo pertenezco a las JAP, próximas a la CEDA y bastante cercanas en su agresividad al SEU, y también

somos el blanco de sus dislates e incongruencias. Como las cosas sigan así, me parece que voy a mandar a la mierda a todos los sindicatos, incluida la FUE, de la que me sentía orgulloso de pertenecer, pero que está generando fuertes dudas en mí en estos momentos.

—Pues vete. Si así piensas, ¿qué haces aquí?

—Eso; lárgate, ¿no?

—Por favor, me niego a que sigáis por ese camino. Este es un lugar de encuentro, aunque podamos tener ideas contrarias. No se puede invitar a nadie a que abandone esta reunión.

Las palabras de Carlos fueron como el aldabonazo que puso fin a la reunión.

Las cosas estaban claras. La FUE no era partidaria de la violencia, pero tenía que defenderse de los ataques de los “seuistas”.

Y por muy sincero y honesto que fuera el planteamiento de Carlos, él mismo admitió que prácticamente todos los sindicatos cercanos a la Universidad se habían radicalizado.

Y esto lo sabía yo tanto o más que Carlos; y no solo por condicionamientos ideológicos, sino por las turbulencias que agitaban la calle en el último tiempo y que yo había sufrido en mis propias carnes.

CAPÍTULO II

Sí, me rompieron la cabeza, pero lo peor han sido las consecuencias: la ceguera.

Terminada la reunión de la Delegación, el celador me trasladó en silla de ruedas a mi cama del hospital.

—Antonio, te dijeron unos minutos, no unas horas —comentó el buen hombre—. Yo te he avisado varias veces, pero no me has hecho caso.

—Amigo mío —le dije—, yo asumo toda la responsabilidad.

Y me acosté; nada más llegar a mi habitación del hospital, me acosté.

Con el transcurrir del tiempo, de las horas, de los días, mi recuperación visual era prácticamente nula. Bien cierto es que identificaba las cosas, los objetos, las personas, como sombras de perfiles dentellados, borrosos, pero sobre todo con el tanteo de mis manos. Los neurólogos y oftalmólogos estaban desconcertados, no porque no tuvieran noticias y experiencias de situaciones similares a las mías, cegueras postraumáticas, sino por el deseo de que se comportara en mí de buena manera y no adquiriera la tonalidad que estaba tomando.

Ana se encontraba más preocupada que yo.

A Ana la conocí en primero de carrera, con su pelo moreno y liso y sus ojos azules, y una ternura que le nacía por todas partes. Reconozco que medio curso estaba enamorado de ella.

Una tarde, al salir de las prácticas de Anatomía —pertenecíamos al mismo grupo: ella se llama Ana Pajares y yo Antonio Pajarón—, me acerqué al sitio en el que estaba distraída, ojeando los apuntes, y le dije:

—¿Aceptas un café?

Me miró, tembló, dudó y afirmó.

Nos quedamos en la cafetería de la Facultad hasta que nos echaron. Cuando nos incorporamos a la calle Atocha, la noche había hecho acto de presencia. Las luces de las farolas daban un tinte gris luminoso a su rostro. Me miró como nadie me había mirado, sostuve la vista y la besé. Sentí el temblor de su cuerpo, su deseo, el deseo de una muchacha de dieciocho años.

El mío estuvo presente desde la primera vez que la vi.

Durante el tiempo que permanecí ingresado, Ana no se separó de mí, en clara competencia con mi madre. Padre era más distante, menos asequible, aunque su amor lo expresaba de múltiples maneras, inadvertidas para todos menos para mí.

Cuando me dieron el alta en el hospital, ella me llevó a casa cogidos de la mano. Toda nuestra existencia apenas si salía de Atocha y sus alrededores. Pero nuestro estado de ánimo no era el mejor. Subimos la cuesta de la calle como si estuviéramos cansados de vivir, como si a nuestros pocos años les hubieran cortado las alas para ver el mundo desde la perspectiva de lo alto, de lo que se ve mirando hacia abajo. Al menos, yo consideré que me habían robado parte de mis sueños, como si me los hubieran quitado de golpe, como el hacha que corta el tronco del árbol que nunca ha dejado de crecer.

Apoyados el uno en el otro, la vida, de pronto, la interpretamos con desidia, con quebranto, sin futuro, con el destino dibujando perspectivas de luto. Plenamente consciente del espanto por el que se deslizaba mi pensamiento, quizás también el suyo, del maligno presentimiento que atenazaba con cadenas mi corazón, detuvo los pasos Ana.

Nos colocamos frente a frente desde la quietud, el reposo y esa sensación tan especial que parecía andar por las entrañas de nuestros cuerpos. Nos miramos; yo, desde la imaginación y el recuerdo del pasado; ella, desde la realidad más auténtica.